



PERIÓDICO DE CAZA Y PESCA,
DE SPORT Y RECREOS CAMPESTRES, DE ACLIMATACION Y CRIA DE ANIMALES DOMESTICOS,
AÑO II. Y DE CUANTO TENGA RELACION CON LA AGRICULTURA Y CON LOS DELEITES DE LA VIDA DEL CAMPO. NÚM. 20.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	Mes.	Trimestre.	Semestre.	Año.
Madrid y Provincias. . .	2 pesetas.	6 pesetas.	12 pesetas.	24 pesetas.
Ultramar y Extranjero. .	$\frac{1}{2}$ peso.	1 $\frac{1}{4}$ pesos.	3 pesos.	6 pesos.

SE PUBLICA LOS DIAS 10, 20 Y 30 DE CADA MES.

DIRECTOR PROPIETARIO,
DON JOSÉ GUTIERREZ DE LA VEGA.
Administracion: Calle de Espoz y Mina, núm. 3.
 Madrid, 20 de Julio de 1879.

REBAJA DE PRECIO DE SUSCRICION.

Haciendo directamente el pedido y anticipando 20 pesetas en esta Administracion, en metálico ó por medio de letra de fácil cobro, se obtendrá la suscripcion por un año para la Península, y 25 pesetas si es para Ultramar ó el Extranjero.

LA DIANA.

CANTO CUARTO.

La volatería ó caza de las aves.

Váiro se ostenta, hermoso y adornado,
 Y parte de la gran naturaleza

Desde el monte la vista ha registrado:
 Vese allí de las sierras la aspereza,
 Los cerros y los riscos y las viñas
 En la cuesta, y las fértiles campiñas.
 Hondas cañadas y frondosos sotos,
 Y los recién quemados verdugales,
 Bosque y los altos páramos remotos;
 Los caminos y bajos mohedales,

Y otra diversidad, donde hace cria
 La fuerte venatoria y cetrería.
 Dejemos á los rubios alemanes
 Del Danubio la usada cacería
 Con lañero, punic ó azor galanes,
 Y el halcon de Tartaria ó Berbería,
 Y á las tímidas aves alborote
 El águila encrespándose el grupote.



PESCA DE LA LANGOSTA.

Las alas bate, y rota la pihuela,
De la alcandara el sacre enfurecido
A ser pirata de los aires vuela:
Al borní y al cernícalo atrevido,
Al voltor y esmeril ceben, y salte
Sobre la presa audaz el jerifalte.

Tampoco trataré la americana
Caza volátil y terrestre, en pago
De ocultarnos su origen con tirana
Ansia de persuadir, que del estrago
De aguas comun, que el universo abarca,
No halló puerto, salvándose en el arca.

Porque si ésta es de aquélla descendiente,
¿Cómo pasó á la América apartada,
Aun suponiendo unido el continente
Por el norte ó la Atlántica soñada?
Pues los brutos, enseña la experiencia
Que nunca abandonaron su querencia.

Pero si la embarcaron, ¿es posible
Que llevaron los géneros mejores?
¿Tantas aves de canto apetecible,
O por la variedad de las colores?
Y ¿tan de juicio el género arrancaron,
Que un individuo solo aún no dejaron?
¿Que diré del cuadrúpedo, que habita
Allí, por falta de alas más pesado?
Ni el veronés, ni el docto estagirita,
Que la naturaleza han indagado,
De él se acuerda, ni de otros animales
Útiles mil, y mil perjudiciales.

En tanto que averiguan estas cosas,
Y el tránsito ú origen de su gente,
Si la produjo el mar, pues populosas
Son las costas, y yermo el centro ardiente:
No menor duda, que la aún no acabada
Del seco Egipto y de la Escitia helada.

En tanto, pues, las ninfas de Viñuelas
Seguir me agrada, ó verlas en Bohadilla
Danzando al són de alegres castañuelas,
O en el alto corral de la Lastrilla,
Y en la casa del Campo y sus vivares,
Que fecunda mi patrio Manzanáres.

Cuando en la primavera huyen los fríos,
Las Atlántides hijas de Pleyone,
Que abren del mar la puerta á los navíos,
Te avisarán que entónces se dispone
Cazar las codornices muy lascivas,
O con trasmallos ó reclamos vivas.

Si al cornigón, que siempre entre ellas anda
Guiándolas, tus tiros van certeros,
Dejarás tirar toda la banda:
Busca su nido en los abrevaderos,
Soplando el cierzo: un canto las levante,
Y así se adiestra el perro vigilante.

Entónces entre fusta y las sembradas,
Y en rastros por tiempo caluroso
La perdiz con las medias encarnadas
Buscarás: la perdiz, manjar sabroso,
Digno de que en cazarle no reposes,
Y digno de las mesas de los dioses.

Fué un jóven cazador antiguamente,
Pero como á violar incestuosos
Los maternales tálamos se aliente,
La figura mudó, no lo vicioso;
Y empolla ajenos huevos, entre tanto
Que á su madre conocen por el canto.

Acuden de la hembra reclamados,
Que el aire á concebir hace se apreste,
Y en los aportaderos son tomados:
O á la pechuga del color celeste
Tirando, te dará despojos fijos
La munición con nombre de sus hijos.

A éstos el galgo cansa, y cuando Astrea
Los días con las noches igualare,
Siguen al sembrador: el ala sea
Señal de que hacia el lado á que inclinare
Cuando al rebozadero llega ansiosa,
Podrás asegurar la perezosa.

La chocha encontrarás en los chortales
(Pero huye siempre el cierzo y el solano)
Y al margen de los lagos y humedales,
Cuando al sentar de pico dió en el llano
Hacia allí; gordos más, si el hielo eriza,
El rayuelo y pardusca agachadiza.

Y tú, garza, que inquieta pronóstica,
Graznando mucho, un temporal furioso,
Y ¡oh trinquetes! que sois aves más chicas,
Y os agrada el solano fasidioso,
Cuando pesquéis al margen de los rios
Señalan vuestro fin los versos míos.

Al pollo de agua al sol el diestro tira,
Y á las ardientes ánades nevando,
El perro de aguas los estanques gira
A nado, cuando allí se están bañando,
Y desde un chozo vuelque tu escopeta
La avefría, alabanco y la zarceta.

Tira en verano en los agostaderos
En tollos á la Ortega muy hermosa
Perdigones mortíferos zorberos:
Y entre el buey y la vaca perezosa
Al chorlito, si el tordo le abandona,
Que vuela mucho menos que apeona.

Al tordo en las rebalsas y chorreras
Pescando le acompaña el andario,
Y en otoño destruyen las higueras,
Y entónces él sazone el plato mio;
Si en las florestas y los verdes prados
Asisten, serán de aguas inundados.

Ni tu inocencia, palomilla zura,
Ni el carecer de hiel te ha aprovechado
De que del cazador estés segura:
No un gran hurto la vida te ha costado;
Sino el rebusco de lo que desgrana
En campo hirial la inútil alverjana.

Si tú hurtases provincias y regiones,
Fuera heroico y monarca poderoso;
Más porque vil semilla á hurtar te pones
Te engañan con señuelo malicioso,
Que en este mundo, de maldades lleno,
Hurtar es malo y conquistar es bueno.

Y á la cándida tórtola viuda,
Que en los rastros llora á su consorte,
O en la frondosidad solloza muda,
Hizo Diana de su tiro el norte,
Y llevó desde el risco y selva espesa
Los zorrales inquietos á su mesa.

Al bello abejurco, parecido
A la hermosa oropéndola en colores,
Caza en un colmenar por atrevido:
La nube de estorninos voceadores
Con la red cazarás en campo raso,
O como los cazaba Garcilaso.

Dicen que ellos se curan á sí mismos,
Y su idioma admiró Roma y Atenas
En uno, sin notarle barbarismos:
Por estas experiencias harto buenas
Ves que no al hombre solamente ha sido
El dón de la palabra concedido.

También he visto yo tirar al vuelo
Al sison y alcotan agradecido,
Cuando por la canícula arde el suelo:
Él de la vista humana ocultó el nido,
Respetó al muerto, al bienhechor da trato
Bueno, que en esto excede al hombre ingrato.

A las gangas, que dan vuelos muy largos
Chillando, y en el suelo son calladas,
Más perspicaces que los ojos de Argos,
Tira en clima templado: si azoradas
Andan al fin de estío, la corona
Se ajará de Vertumno y de Pomona.

No el ser reina jurada de las aves
Con fuerte pico y uña corva armada,
Ni las piedras que al nido poner sabes,
Águila, te libraron coronada;
Pero más te remontas y alzas cuando
Caes á los piés de Luis revoloteando.

Ni el ave á quien dió nombre tu tardanza
Callaré, con ojeo ó cabestrillo
Se matan desde donde el tiro alcanza
Detras del manso buey ó fiel novillo:
De tal suerte..... ¡ah, memoria, qué constante
Que eres en dar tormentos á un amante!

De tal suerte me acuerdo, que en la undosa
Márgen florida entre Pisuerga y Duero
Salí á verme cazar la ninfa hermosa,
Celestial, por quien vivo ó por quien muero,
Y al grajo astuto, que en su olfato fia,
A falta de otra caza yo seguia.

Y oculto entre las yuntas y el villano,
La pólvora sintió, sin que se quemase,
La negra banda: tiro, y deja el llano
Volando con estrépito: enojéme;
Mas viendo en uno herido menos prisa,
Reíme y se rió también Dorisa.

¿Ni por qué callaré cómo se coge
La cenicienta grulla desvelada?
Al tiempo tirarás que se recoge,
Yendo hacia el gorrónal, que el ruido enfada,
O cuando baja el céfiro penetra,
Formando de Pitágoras la letra.

Al buitre anacoreta en los desiertos
De las sierras más ásperas su vista
Y olfato le enseñó los cuerpos muertos:
Flores al gran Filipo su conquista
Facilitó: del Pardo alcalde él era,
Y el arco embovedó de la buitrera.

¿Dónde, Ascalafó, llevas ya cansado
De Luis al humildísimo poeta?
Ascalafó, que en buho transformado
Te miras hoy, por no tener secreta
(Justo pago) la inútil golosina
De la desventurada Proserpina.

Aunque en las apartadas soledades
Del sol aborreciendo la luz santa
Te ocultes, llorarás fatalidades,
Cuando á la tarde el tirador te espanta,
Ni amparan á las choas, nunca quedas
De Aranjuez las frondosas alamedas.

No dejarán mis versos olvidados
Los miembros juveniles muy hermosos
Del hijo de Tereo transformados;
¡Oh sol! Más en convites tan odiosos
Debias esconder rayos celestes
Que en la nefanda mesa de Tiestes.

De tí digo, faisán, que en las orillas
Del Fasis navegable, undoso río,
Á Colcos aumentó las maravillas
Tu canto, navegando el cristal frío,
Y hecho despojo sólo tú competes
Á los régios espléndidos banquetes.

Saso, maestro mio, tus pinceles
Con su retrato obligan á tal ave
Á que se enrede absorba en los cordeles;
Pues tanto su hermosura estimar sabe,
Que la naturaleza en ella quiso
Repetir las locuras de Narciso.

Al picapuerco agrádate al pasillo
Tirarle y á las miras vocingleras
Buscando en la boñiga el gusanillo,
Ó en el zarzamoral y guindaleras;
Son blancas en Arcadia, y con desvelos
Nunca mudan las plumas ni los celos.

Tampoco á tí te pasaré en silencio,
Hermoso francolin escarolado,
Cuyo amor á la patria reverencia;
La vida con mi España tú has dejado;
Quiéresla bien, pues no hay en esta vida
Pena más grande que una despedida.

Con perro y arcabuz á morir vienes,
Infeliz, en invierno y en verano,
Que en todos tiempos la desgracia tienes,
Los perdigones del cañon de Cano
Vuelcan al paso al rabilargo astuto,
Cuando el otoño ofrece el dulce fruto.

Á los vencejos de cabeza chata
Tu gran padre, Filipo el Animoso,
Tuvo en tirarlos diversion muy grata
De un balcón del alcázar poderoso
De la ciudad, que ser la hace excelente
El ignorado origen de su puente.

Mas ¡oh mudanza! el gran monarca Augusto,
El ínclito, el magnánimo, el guerrero,
El pio, el padre de la patria, el justo
Cárlos, digo, en mansion de Marte fiero
Le mudó, abriendo su marcial persona
Las tremendas escuelas de Belona.

Porque advertido el militar caudillo,
Sabe que no dan sólo la excelencia
Las hojas de Toledo y del Ferrillo;
Y el soldado que hallar quiere alta ciencia,
Más volver debe, si triunfar le agrada,
Las de los libros, que la de la espada.

Y satisfecho del valor hispano,
Que vió el mismo en Veletri y en Bitonto,
Adestrar pretendió la horrenda mano
En fulminar el rayo altivo y pronto;
Pues vencido será, si es ignorante,
El más soberbio espíritu arrogante.

Esto sólo faltaba: ya ampliamente
Lo remedió el gran rey; ya es veterana
La juventud indómita y ardiente;
Aprende la nobleza castellana
El arte de la guerra furibundo
Para ser luego escándalo del mundo.

Con infamia arrojado al foso horrible,
Abocinado en asquerosa estancia,
Gime oprobios el monstruo aborrecible,
Abominable y vil de la ignorancia,
Que huye el alcázar donde Alfonso el Sabio
Temió que el cielo en él vengue su agravio.

Pues enojado el Padre Omnipotente
De que intentase corregir su hechura,
Le arrojó un rayo al tálamo luciente,
Cuyo fuego aclaró la noche oscura;
Tronó, y los altos techos se horadaron;
Las tocas de la reina se abrasaron.

Hay dentro un gran salon que, ¡oh Febo! doras,
Y en él está la armígera academia;
Aquí están las virtudes triunfadoras;
Aquí el militar mérito se premia,
Y aquí están las terribles prevenciones
Con que arma la Castilla á sus leones.

La cureña con fuerte chapería
Crujiendo está debajo del gran peso
Del tremendo cañon de artillería;
Fulminantes mosquetes con exceso,
Balas, carcazas, bombas y fusiles,
Morteros, culebrinas y esmeriles.

Y porque á ejemplo de héroes valerosos
La juventud se aliente, en las paredes
Pendiendo están retratos primorosos,
Tanto, que porque ¡oh Rizzi! atrás te quedes
Los compitiera apenas el divino
Sin segundo pincel de Palomino.

Lede, Aguilar y Santa Cruz, tres soles
De la guerra, baldon del de Farsalia,
Monte-Mar, que pasó los españoles,
Como otro tiempo Aníbal contra Italia,
Á Eslava y á Velasco, y al valiente
Cevallos, triunfador del occidente.

Á todos da lugar la régia sala,
Y al jóven de Austria, asombro de Lepanto,
Terror y admiración el lienzo exhala,
Figurando á otros vivos con espanto;
Allí se ve un ejército que manda,
Después de gran camino, el grande Aranda.

Su gobierno le entrega ya enseñado
Á humillar la frontera, que ha corrido
De canas y laureles coronado
El cauto Sarria, experto y detenido,
Sujeto digno de segunda Eneida,
El Fabio hispano, el Josué de Almeida.

De los guardias al frente está pintado
El Ponce de Leon, y en edad tierna
El jóven Huéscar resplandece armado
Con los carabineros que gobierna,
Y entre otros muchos, que nombrar no oso,
Mendoza, y tú, Manrique, el estudioso.

También del mar la imagen espumosa
De mil quillas de acero se ve herida,
Sangrienta, y con oleadas espantosa;
De lo último del Norte viene unida
Gran muchedumbre contra la alta España
En la escuadra holandesa y de Bretaña.

De estotra parte está nuestro armamento,
Que comanda Navarro, el gran Navarro;
¡Oh campeón! al mirar tu vencimiento
Prendada de tu espíritu bizarro,
Ya por la fama autorizadas tienes
Con la naval corona entrambas sienes.

Á un tiempo se embistieron, y alteradas
Las ondas resonaron con estruendo;
Creyeras que nadasen arrancadas
Las Filipinas, ó en combate horrendo
Alterando los canos horizontes
Chocar los montes con los altos montes.

La capitana real, que al golfo manda,
Á siete naves que la atacan tira
Cien cañonazos de una y otra banda;
La que no se va á pique se retira,
Porque la munición no participe
Del tronante cañon del Real Felipe.

Con el baston y la triunfante espada
Está á sus españoles animando
Navarro en la alta popa embalastrada;
Neptuno, el rostro pálido sacando,
Vuelve á esconderle absorto del estruendo,
Y al verse dominar del grande Oquendo.

De Etna revienta incendios La Isabela,
¡Oh nombre augustol y vence ya el San Carlos,
Pues quien tiene tal nombre no recela;
¡Oh gran bajel! no dudes sujetarlos,
Y á los dos mundos de tu dueño asombre
La triunfante potencia de tu nombre.

El humo, el agua, el fuego, la algazara,
Los truenos y espantosos alaridos,
La rabia fulminante, el ansia avara,
Los brulotes ardientes sumergidos,
Todo era asombro y confusión tan fiera
Como si el cielo abajo se viniera.

Mas nada impide, ¡oh hispanas naves bellas!
Que cantrís la victoria y el trofeo;
Las hijas de Nereo todas ellas,
Y el padre de las hijas de Nereo
Danzando os acompaña á la carena
Debajo del cañon de Cartagena.

De Carlos la alta estatua en mármol duro
Preside á esotroz reyes castellanos;
Dirás que con cincel de acero puro
Del Fidas Castro las gallegas manos
Lo hicieron, y al ver vivo al gran sujeto,
Dejaron de acabarle por respeto.

Puesta se ve á sus piés en larga fila
La multitud inmensa de vasallos
Desde su real palacio hasta Manila;
¿Quién podrá distinguirlos ni contarlos?
¡Cuán extraña naciol ¡Cuán várias gentes
De lenguas y costumbres diferentes!

Están sus españoles muy leales
Allí, y los desceñidos africanos,
Y los últimos pueblos orientales;
Un mundo en reinos mil americanos,
Y el Marañon, que ¡oh Nilo! hace te afrentes,
Y no sufre los yugos de las puentes.

Aquí es la plaza de armas; aquí vieras
De Marte al carro uncir cuatro animales;
Con serpentina vivas cabelleras
Silbando están las furias infernales;
Tiembla el alcázar de su boca inmunda,
Moviéndose el peñasco en que se funda.

Sobre un gran monton de armas ahorrado
Con las manos atras con cien cadenas
Está allí el furor bélico amarrado;
Reventan sangre las hinchadas venas,
Y él morder quiere, estando á su despecho
Las piñas y arteson del alto techo.

Revuélcase rabiando con estruendo,
Vuelve en blanco los ojos espantosos
Encarnizados con visaje horrendo;
Colérico los dientes espumosos
Cruje, hace estremecer la firme roca
Bramando horrible con sangrienta boca.

Pero el gran rey sus ímpetus oprime,
Cerrando á Jano el templo, y á la tierra
Con larga paz del miedo la redime,
Los brazos descansados de la guerra,
Demando á sus preceptos obedientes
Con blando freno las soberbias gentes.

Él hizo á los soldados estudiantes,
Y ellos harán de hazañas grande serie,
Y vencerán altivos las pujantes
Hambre, sed, desabrigo y la intemperie,
Que esto ¡oh rey español! son tus soldados,
Esto y aún más serán bien gobernados.

Aquí el rayo se forja, que azustando
Está á las más indómitas naciones;
De aquí saldrá la guerra, como cuando
Con los carros los béticos bridones
Se desbocan, los llanos apetecen,
Ni al dueño ni á las riendas obedecen.

Mas, ¿dónde ¡oh Musa! tú me remontaste?
Salgamos del alcázar segoviano,
Prision de Riperdá, donde te entraste;
Y, pues, la caza con estilo llano
Propusiste cantar, deja la trompa,
Y más fácil tu acento el aire rompa.

NICOLAS FERNANDEZ DE MORATIN.

PESCA DE LA LANGOSTA.

(Véase la lámina de la página 153.)

Hay palabras que por sí solas valen todo un poema, y animales que entrañan toda una extensa lista de emociones gratas y de recuerdos sabrosísimos. La palabra langosta puede clasificarse en esta categoría.

Quizás estemos equivocados; pero la verdad es que no pronunciamos jamás el nombre de este precioso crustáceo sin que nos conmovamos profundamente. ¿Es acaso por estómago reconocido? ¿Es por el recuerdo de las buenas partidas de pesca, en las que el pobre animal ha representado la mayor parte de las veces un papel importantísimo ¡ay! para su reposo? No sabríamos decirlo. Pero lo cierto es que no podemos pensar, sin cierta delicia, en la brisa de la costa, tan fresca, tan perfumada de esencias marinas; en las ovas que la bajamar deja al descubierto; en las emociones de los encuentros imprevisos; ni olvidar las hermosas noches pasadas al amor de la lumbre, sentados muellemente en derredor de una mesa abundantemente provista, en compañía de amigos alegres y decididos, cuando brillan las bujías de las arañas y de los candelabros con sin igual esplendor; cuando las copas apenas pueden contener los vinos de todos los colores posibles y hasta imposibles, y las palabras graciosas y los retruécanos más picarescos recrean el ánimo más distraído y melancólico. En estos dos casos, el héroe de la fiesta es la langosta.

Muchas veces, y como de pasada, hemos oído decir que algunas personas la tienen por indigesta; pero esto no puede ser otra cosa que murmuraciones de estómagos recalcitrantes á los buenos bocados. Lo que estamos muy lejos de poner en duda, ni aún por un momento, es que pueda indigestarse, cuando está sin sazonar debidamente, como sucede con la ensalada, por exquisita que sea, y como acontece hasta con el lenguado inofensivo, cuando se comen las espinas.

Ahora bien: ¿necesitaríamos para que comprendan nuestros lectores lo que vamos á decir hacer gala de erudición y copiar dos ó tres páginas de la historia natural de este crustáceo? Creemos que no es necesario, pues todos le conocemos perfectamente.

Así es que sólo indicaremos que la langosta pertenece, como hemos significado ántes, á la estimada clase de los crustáceos, órden de los decápodos. Que tiene la cabeza confundida con el tórax y los ojos colocados sobre pedúnculos móviles, y su boca está armada de seis pares de quijadas.

En su juventud, la langosta no dispone de otros medios para cubrirse que una piel de la consistencia de la cabritilla que se emplea para fabricar guantes; poco á poco se endurece esta piel y se trasforma en el caparazon, que los naturalistas llaman esqueleto exterior. Cambia muchas veces de caparazon; y como en estos casos se halla expuesta sin defensa á los ataques de sus enemigos, sobre todo de los congrios, se oculta en los retiros más profundos. Sus patas renacen, á lo ménos en su juventud, si por algun accidente fortuito se las rompen ó cortan.

Un célebre escritor ha bautizado á la langosta con el nombre pomposo de *cardenal de los mares*. Esto hace creer á primera vista que este padrino improvisado tenía una noción bien extraña por cierto de la temperatura del agua salada, y que padecía una lamentable aberración en el conocimiento del tono local, como dicen los que se precian de poseer el arte de Apéles. Lo mejor, á nuestro parecer, es pensar que el eminente literato no había visto á la langosta más que cocida y acostada blanda y reposadamente sobre un lecho de perejil verde. ¿Quién no sabe que el rey de los crustáceos es, cuando está vivo, de un hermoso color azul violeta oscuro, ligeramente manchado de amarillo claro y naranja en el nacimiento de las patas y en los costados?

La langosta busca las aguas profundas y los agujeros de las rocas guarnecidos de algas y plantas marinas.

En algunas costas existen vastos receptáculos en donde se guarecen por millares. En el momento que se sacan fuera del agua se neutraliza el efecto de sus terribles patas, metiendo una clavija de madera en la juntura exterior de las uñas.

Los decápodos macruros de gran tamaño se dividen en dos grupos naturales, á los que Milne Edwards ha dado el nombre de *langostas comunes* y *langostas longicornes*.

La langosta común, *palinurus vulgaris*, puede considerarse como el tipo de este género.

Esta especie es muy común en las partes peñascosas de nuestras costas meridionales y occidentales, y su carne es muy estimada; llega á tener hasta medio metro de longitud, y pesa algunas veces hasta 15 libras. Hállase también en las costas de Argelia, y particularmente en las radas de Argel y Orán, donde suele vérsela en invierno y en primavera. También se pesca en grandes cantidades en Inglaterra, costas de Bretaña, y sobre todo en América, de donde vienen en conserva metidas en cajas.

La langosta se pesca con un armadijo en forma de cesta, compuesta de redes de mallas muy anchas sólidamente sujetas á tres cercos, como puede verse en nuestro grabado, á unos 40 centímetros de distancia uno de otro. El fondo está cerrado también. En la parte superior se halla la boca, que va estrechándose hasta la mitad de la cesta en forma de un embudo.

Se ceba con tripas de pescado ó cangrejos, y se les pone además un contrapeso de piedras gruesas ó pedazos de plomo.

Estos aparatos son muy difíciles de arrojar al agua. El movimiento que tiene que hacer el pescador para lanzarlo se parece al que se ejecuta con la red llamada esparavel ó atarraya; pero como las rocas del mar son mucho más escarpadas que las de los rios, y cubiertas de un fucol resbaladizo y húmedo, para efectuar con acierto esta operación es preciso tener el pié marino, como dicen los inteligentes, y estar muy seguro de sí mismo.

V. C.

¡COME HEAR!

GRITO DE LLAMADA EN LAS MONTAÑAS DE ESCOCIA.

(Véase la lámina de la página 157.)

La poética y romántica Escocia es uno de los pocos países que ménos han cambiado desde fines del siglo xv hasta nuestros días, oponiéndose á toda innovacion, por una parte el carácter independiente y altivo de sus hijos,

y por otra esas cordilleras de montañas que la sirven como de antemural, para cerrar el paso á lo que de algun modo tienda á alterar la gloriosa pureza de sus costumbres.

Todo puede decirse que se encuentra allí lo mismo que en la época remota que Inglaterra hacía guerra sangrienta al poder de Luis Onceno de Francia: las mismas atalayas en los picos de los peñascos; los mismos castillos almenados en la cima de los montes; las mismas casas solariegas con los blasonados escudos de sus señores; los mismos cuentos y consejas corriendo de boca en boca de los *bigblanders*; los mismos cantos pastoriles, que parecen el eco perpétuo de aquellas montañas; el mismo aire de galantería caballeresca que se desplegaba en los torneos de Haffingham; y para que nada falte á la similitud, los mismos trajes pintorescos que se usaban entonces y de los que un escocés no se desprende nunca, porque creería despojarse de una parte de su existencia y de uno de los distintivos más característicos de la patria.

Cualquiera diría, al visitar los silvestres y pintorescos campos del reino de María Stuardo, que las revoluciones modernas no han limado allí las cadenas del feudalismo, ni que se han roto los pendones de los antiguos señoríos, que tantas veces tremolaron en las célebres guerras civiles que dividieron á las casas de York y de Lancaster.

Dicho se está, después de esta rápida ojeada á vuela pluma, y dados los hábitos y la configuración topográfica del país, que Escocia ha sido siempre, y continúa siendo ahora, una tierra donde la caza es, no ya un entretenimiento, ni un ejercicio, sino el estado natural del hombre, que afila desde niño el puñal que pende de su talabarte de cuero, para hundirlo en el corazón de una res y recibir así el bautismo de sangre que le hace tomar plaza honrosa en las expediciones venatorias.

La caza es allí una especie de religión á la que se rinde su correspondiente culto. De trecho en trecho, y en un raso donde los agigantados árboles de la selva dejan anchos intervalos á la vista, y desembarazado el suelo de breñas y malezas, se alzan capillas de tosca arquitectura, costeadas por una cabaña en que vive el ermitaño ó sacerdote que celebra en aquellas soledades el sacrificio divino. En el reducido templo no hay más que un altar y una imagen que representa á San Guillermo, patron de los cazadores, con una gran corneta pendiente del cuello y dos lebreles tendidos á sus pies. Los ornatos interiores de estas capillas, diseminadas en todas partes, como estrellas brillantes en el cielo de la fe, traen á la memoria las ocupaciones á que se dedicaba el Santo cuando vivía. Riquísimos despojos de animales sirven de tapicería y coladura en torno del altar. Arcos, cornamentas y aljabas interpolados con cabezas de venados y de lobos, cubren las paredes y los pilares, dando á los adornos un rudo y selvático carácter. Las misas que se celebran allí son tan cortas como grande la impaciencia de los cazadores por entregarse á su recreo favorito.

Una vez terminado el sacrificio y recibida la bendición, se organiza la batida, y por aquellos montes y vericuetos se dispersan centenares de bravos montañeses, que van á acorralar á las reses ó á las piezas en el punto determinado que conviene á su propósito.

Los escoceses no se despojan nunca ni con ningún motivo de su traje nacional, como ya hemos indicado. Llevan cubierta la cabeza con la gorra azul, que todo el mundo conoce, adornada con una rama de acebo y una pluma de águila. Un chaqueton de paño, también azul, les cubre hasta la cintura, luciendo una banda ó *plaid* de que pende el zurroncillo color escarlata. En vez de calzones visten una nagüeta de tela dibujada á cuadros de vivísimos colores. La pierna va desnuda desde la mitad del muslo á la pantorrilla, y usan borceguí de piel de gamo á medio curtir, y media gruesa de cuadros blancos y encarnados. El cuchillo de monte cuelga de un cinturón, y la escopeta va á la espalda pendiente de la correa, mientras se apoyan con la mano derecha en el grueso y herrado baston, que es indispensable á todo el que transita por quebraduras y terrenos montañosos.

Los escoceses, ó *bigblanders*, como se les llama en la Gran Bretaña, obedeciendo á su valeroso instinto y á sus arraigados hábitos de independencia, son poco aficionados á organizar batidas y á obrar disciplinadamente y de

comun acuerdo. Cada cual se dirige al puesto que más le cuadra, y da caza á las reses por su propia cuenta, confiado en su valor individual y en su destreza. Duran las cacerías semanas enteras, sin que el cansancio doble los músculos de acero de aquellos robustos cazadores, que trepan á las alturas con agilidad prodigiosa, corriendo á veces más rápidamente que la pieza que persiguen.

La lindísima lámina que hoy ofrecemos á nuestros lectores es cuadro palpante de verdad y de interés, en cuya contemplación parece que se respira el puro ambiente que reina en las azuladas montañas inmortalizadas por las poéticas descripciones de Walter Scott.

Un soberbio venado ha ido á morir en lo alto de unos peñascales, medio tapizados de musgo y de plantas bravías, y el atrevido cazador que le ha dado muerte, poniendo su pié derecho sobre la res en señal de gloriosa posesión, llama, ahuecando la voz con la mano, á sus distantes compañeros, para que vayan los *muleteers* con las acémilas de carga que concurren á todas las monterías, á levantar el cuerpo del animal que yace sin vida.

Mucho debe haber gritado y sin éxito ninguno, porque ha puesto el *plaid* en la punta de su baston, agitando al viento, como naufrago terrestre perdido en unas eminencias que semejan á lo lejos las crestas de las irridadas olas del Océano.

Casi puede asegurarse que la enramada cabeza del ciervo irá á enriquecer los muros de la capilla más próxima al sitio en que acaba de verificarse tan interesante episodio de caza.

F. C.

TRAMPA DE BECADAS.

(Véase la lámina de la página 160.)

¡Cuántos recuerdos despertáis en la mente, interesantes y eternas viajeras que pasáis vuestra vida en constante peregrinación, buscando en invierno, como algunos hombres, el sol que más calienta, y en verano, como los egoístas, las enramadas que sombrean las orillas de los fresquísimos arroyuelos!

¡Cuán grata es la memoria de las horas que hemos pasado en el otoño con el agua hasta el tobillo registrando matorrales, sufriendo la menuda lluvia producida por el continuo sacudir de los perros, y considerándonos felices si al cabo de la jornada podíamos enriquecer el morral con un par de individuos de vuestra suculenta raza, como diría un antropófago tratándose de europeos!

El tiro y la muerte de una chocha causa al cazador más emoción y más placer que si matase diez perdices y veinte conejos, no sólo porque su carne es de las más exquisitas que pueden saborearse, sino porque en la busca del ave que nos ocupa todo es imprevisto, todo es difícil, y además de la destreza se necesita el saber que da la experiencia, la observancia, el cálculo, y, sobre todo, la suerte, que entra por tanto en las hazañas venatorias.

La becada mantiene bien la parada del perro, y sin el abrigo protector que las hojas le ofrecen, sería muy fácil cazarla; pero es preciso tener en cuenta el ímprobo trabajo que proporciona la tarea de levantar las aves que se erraron ó no fueron tiradas á tiempo, porque una vez pasada la primera oportunidad, van á refugiarse á sitios donde ni aun los perros pueden descubrirlas. A fuerza de cachaza, y sobre todo de resistencia en las piernas, se han de ojear con esmero los alrededores del paraje de donde arranca una becada, pues sucede muchas veces que á pocos pasos está el escondite de una bandada entera, y no es cosa de desperdiciar tan excelente fortuna.

«Las chochas, decía un guarda, son como los hongos, que brotan en todas partes; pero es menester saber buscarlas en los buenos sitios.»

Al soplo, bien definido, del viento Norte todas las aves de esta especie, esparcidas aquí y acullá en diferentes comarcas ó regiones, siguen el mismo impulso, porque siendo iguales las necesidades y el temperamento, la obediencia es un instinto uniforme. Este instinto las lleva á los bosques y espesuras más resguardados del frío, y sobre todo donde hay corrientes ó depósitos de aguas, que es su terreno favorito, y mucho más si mira al sol de Mediodía.

Para cazar becasas agradablemente y con provecho no deben reunirse muchas escopetas á la vez. Basta con

dos cazadores que se entiendan bien, que no tengan ambición desmedida y que lleven buenos perros.

Además del tiro de la chochaperdiz, de que nos ocupamos extensamente en el número 2 de LA ILUSTRACION VENATORIA, correspondiente al día 20 de Enero del año último, se la caza también al aguardo, al caer la tarde, cerca de los arroyuelos y los prados, donde van á encamarse durante la noche. También se las acecha al paso de salida del bosque en que se guarecen; pero su vuelo, tan rápido como caprichoso, y la oscuridad que empieza á reinar hacen el tiro inseguro, lo cual no sucede á los cazadores que las esperan en el punto de llegada, mil veces mejor que el de partida. En ambos casos se ha de permanecer inmóvil como una estatua y ser todo ojos y oídos, como dice el modismo castellano.

Al precipitarse la becada desde el espacio como un aerolito, produce un ruido tan intenso cuando toca á la tierra, que es imposible deje el cazador de escucharlo. Pero si el hombre está prevenido, el ave también lo está por su parte, y lo primero que hace es mirar desconfiadamente á todo cuanto le rodea. Si nada oye ni la inquieta, se levanta y va andando con la mayor tranquilidad á buscar una corriente de agua. Entonces llega el momento de hacer que pague cara su ciega confianza. Si cae muerta, no debe el cazador moverse ni abandonar el escondite para cobrarla, porque el ruido puede espantar á las demás compañeras que vengan en su busca.

Los cazadores furtivos en Inglaterra usan para la chochaperdiz una trampa que llaman *woodcock trap* (lazo de becada), del que da una perfecta idea el grabado que acompañamos á este artículo. Se compone de una estaca ó piquete de unos 35 centímetros de largo, clavado en tierra á distancia de 40 centímetros de un arco ó puertecilla de madera, fija también en el suelo. Ambos objetos sostienen el lazo, que consta de tres piezas. La primera es una especie de horquilla de palo de 20 centímetros de longitud, y cuyo mango tiene á la extremidad una ranura; la segunda es un palo chico y delgado de 25 centímetros, con ranura igualmente, y la tercera una vara flexible, á cuya extremidad hay una cuerda que termina en nudo corredizo.

Este aparato se arma comenzando por atar el palo chico junto al nudo de la cuerda, arqueando la vara flexible. Una vez hecho esto, se encaja la ranura de la horquilla en la del palo, apoyándola contra la estaca, y el palo contra el arco ó puertecilla de madera. El nudo corredizo se extiende en la horquilla, poniendo allí gusanos, á que la chochaperdiz se muestra muy aficionada. De esta manera la rama flexible á que se halla atada la cuerda constituye un resorte, enderezándose apenas se altera el equilibrio del palo y el de la horquilla. Al posarse el ave en esta última pieza la deja caer, el resorte se levanta estrechando el nudo, y el animal se encuentra cogido por las patas. Estos lazos se tienden por la noche; á la mañana siguiente van á examinarlos los dañadores y á recoger la caza que haya caído, oficio nada legal y que tiene el grave inconveniente de tropezar con un guarda que acecha al culpable, como sucede al de nuestro grabado, para llevarlo con el cuerpo del delito á la presencia del *Sherif* que ha de castigar su villano proceder.

C. T.

PESCA DE LA ESPONJA.

¿La esponja es un animal ó un vegetal? Esta cuestión ha suscitado largas é interminables polémicas, en las que las dos opiniones han sido sostenidas por muchos naturalistas eminentes.

Ya desde antes de Aristóteles había llamado la atención de los observadores, y el ilustre filósofo parece evitó dar su opinión en este asunto, pues se contenta sencillamente con transcribir las ideas que sobre esta materia tenían curso por aquel entonces: «Se pretende, dice, que las esponjas tengan sentimiento; esta consecuencia se saca de que si ellas se aperciben de que se las quiere coger, se encierran en sí mismas y se hacen muy difíciles de separar. Lo mismo hacen en las grandes tempestades, para evitar que sean arrebatadas por el viento y la agitación de las olas. Sin embargo, hay sitios en los que se niega á las esponjas la facultad de sentir: en Torone, por ejemplo.

Los que sienten, dicen los de esta ciudad, son los gusanos y otros animales de este género que habitan en la esponja. Cuando ésta se arranca, éstos son presa de los pececillos saxátiles, que devoran igualmente lo que queda de sus

raíces. Si se corta la esponja, renace de lo que resta en el suelo, y se llena de nuevo.»

Plinio y Dioscórides reconocen sin dudar la naturaleza animal de la esponja, y le conceden hasta un puesto más

elevado que, al parecer, merece su organización. Distinguen dos clases de esponjas, machos y hembras, á las que atribuyen movimientos voluntarios, y la facultad de fijarse en las rocas por una fuerza que les es propia. Más



¡COME HEAR! GRITO DE LLAMADA EN LAS MONTAÑAS DE ESCOCIA.

tarde vemos prevalecer la opinion que coloca á la esponja entre los vegetales.

Erasmus, criticando á Plinio, dice jocosamente: «que se debe pasar la esponja sobre una parte de la historia de las esponjas.» Para Ray, Rondelet, Tournefort, Boerhaave, Seva, Marsigli, la esponja es una planta. El mismo

Linneo, en las primeras ediciones de sus obras, adopta esta opinion, que en nuestros dias A. Richard parece quiere poner de moda. Bory de Saint-Vincent, al colocar la esponja entre sus psicodiaros, hace de ella un sér mitad animal, mitad vegetal; esto no es otra cosa, en puridad, que dificultar más la cuestion en vez de resolverla.

Pallas reconoce que la esponja es en realidad un animal, pero colocado en el último grado de la escala. Los descubrimientos de Trembley, de Peyssonnel, y más tarde de Guettard, de Ellis y de Vio, han hecho prevalecer esta antigua opinion con las modificaciones necesarias de los progresos de la ciencia.

Los trabajos de Grant y de otros zoólogos modernos no dejan duda alguna sobre la naturaleza animal de la esponja, y toda la discusión se limita para nosotros exclusivamente á la categoría de zoófitos á que debe pertenecer esta clase de seres. Lamouroux los coloca en el orden de los esponjianos, división de los polípiros flexibles; Cuvier, en el de los alcionos, en la clase de los pólipos y polípiros, y Blainville hace con ellos un tipo distinto, que llama amórfos ó heteromorfos.

Bajo el nombre de esponjas, los antiguos habían reunido un cierto número de especies, que se ha aumentado de día en día de una manera extraordinaria, y entre las que existen diferencias muy notables para determinar varios tipos genéricos distintos; de modo que el antiguo género esponja ha llegado á formar la clase de las esponjarias.

Á primera vista la esponja presenta formas muy variadas, pero casi siempre irregulares, como tubos, vasos, globos, arbustos, etc., etc. Estudiándola con atención, se reconoce en ella una materia animal muy fugaz, por una parte; por otra, un tejido fibroso y partículas cristalinas que la solidifican en la mayor parte de los casos, y que son algunas veces la única parte que se puede conservar.

Este tejido forma un compuesto de infinitas fibras anastomosadas entre sí en todos sentidos. También se encuentran espículas, ó sean cuerpecillos fusiformes, un poco encorvados, delgados, agudos en sus dos extremos, ofreciendo con frecuencia las formas de aguja, alfiler, ó estrella; su naturaleza es ordinariamente silíceá y algunas veces calcárea.

En cuanto á la materia animal, se presenta bajo la apariencia de una materia gelatinosa y viscosa, que impregna á la esponja, en su estado vivo, de una especie de ganga, que se destruye con mucha facilidad, y, por consecuencia, muy poco conocida. Parece que la facultad de contraerse no existe, á lo ménos en las esponjas propiamente dichas, en su estado adulto. Pero lo que más ha contribuido para reconocer su naturaleza animal, es su composición química, en la que el ázoe entra por una gran parte, pues la esponja tiene el mismo olor que el cuerno cuando se quema.

Las esponjas viven en el mar y se encuentran en casi todas las latitudes; pero varían por las especies y el volumen, según los sitios, siendo mucho más abundantes en los países calientes, en los que adquieren hasta 80 centímetros de altura, por metro y medio de diámetro, al contrario de lo que sucede en los fríos, en los que son ménos numerosas, más pequeñas y ménos variadas en especies.

Las esponjas crecen abundantemente en las rocas, á las que se fijan desde sus primeros años por medio de una sustancia gelatinosa muy resistente, que se insinúa en todas las desigualdades de la superficie subyacente. Algunas veces viven tan próximas á la costa, que las olas, en la marea baja, las dejan durante muchas horas al descubierto, lo que indica que pueden soportar la privación momentánea del contacto del agua.

Sin embargo, cada especie posee esta propiedad en diverso grado, y es probable que, bajo las latitudes intertropicales, las esponjas, á causa de la prontitud de la evaporación, no puedan resistir sino durante un tiempo corto.

Bajo el nombre de esponjas usuales se reúnen dos especies mucho mejor conocidas que las demás, á causa de su empleo más frecuente en la medicina, las artes y la economía doméstica, y también porque se encuentran ambas en el Mediterráneo.

La esponja comun es blanda, resistente, redonda, groseramente porosa, grande de orificio y superficie de rarísimos recortes. La esponja afelpada, un poco más aplastada que la anterior, es blanda, velluda, muy porosa, apenas lobulada, y cubierta su superficie de muchos recortes.

En otro tiempo se pescaban las esponjas en el mar Rojo y en una gran parte de la costa septentrional de Africa. Hoy se efectúa esta pesca sobre todo en el Archipiélago griego y en el litoral de Siria. Los habitantes de la costa de las islas se acostumbran desde muy pequeños á sumergirse en profundidades más ó ménos grandes para buscar este producto.

Los buzos griegos son, por regla general, más atrevidos

y más ágiles que los sirios; los de Kalminos y de Psora son los más celebrados; pues á pesar de no permanecer en el agua tanto tiempo como los sirios, su pesca es, por lo regular, más abundante. Se sumergen hasta veinticinco brazas de profundidad, mientras que sus rivales no descienden sino á quince ó veinte brazas á lo más.

Las mismas mujeres no están exentas de estos penosos trabajos; Hassequist, en su *Viaje á Oriente*, refiere que en el islote de Hjmia, situado cerca de Rodas, y en el que se encuentran en abundancia las esponjas, las doncellas no pueden casarse si no han dado pruebas de habilidad y valor en este género de pesca. Según otros viajeros, sucede lo mismo en casi todas las islas con las jóvenes.

En el Levante, desde Beyrouth hasta Alejandreta, la pesca es libre para todas las naciones, pero se explota principalmente por los griegos y sirios. Los primeros principian á pescar en Mayo y terminan en Agosto, á fin de regresar á sus hogares ántes de la mala estación; los otros continúan la pesca hasta fin de Setiembre. Los meses más favorables son los de Julio y Agosto.

Así que llega la época, los griegos desembarcan en diversos puntos de la costa de Siria, especialmente en Saida, Beyrouth, Trípoli, Tortosa, Latakieh; desarmen sus embarcaciones, llamadas sarcolevas, que, generalmente, llevan de quince á veinte hombres. Alquilan á los habitantes del país barcas de pesca, y en cada una de éstas cinco ó seis hombres explotan las costas y pescan las esponjas.

Cada buzo lleva consigo un cuchillo de hoja afilada, á fin de separar con mayor facilidad de las rocas las esponjas que están adheridas á éstas. Los griegos de la Morea, y sobre todo los hidriotas, pescan con un tridente de puntas encorvadas, que termina en una red. Esta manera de pescar tiene serios inconvenientes, porque desgarran la masa esponjosa; así es que las esponjas arponadas valen mucho ménos que las otras.

En los bancos de Bahama, en el golfo de Méjico, en el que las esponjas viven á poca profundidad, los pescadores, después de haber sumergido en el agua una pértiga larga amarrada á la barca, se deslizan por ésta y recolectan el fruto apetecido, con más facilidad y abundancia que los buzos del Mediterráneo.

Por regla general, esta pesca se explota sin discernimiento; así es que se podría prever la época en que las esponjas desaparecerán, ó á lo ménos disminuirán de un modo sensible. Esta prevision ha hecho nacer la idea de naturalizar las buenas especies de esponjas en los sitios más próximos, y especialmente en las costas del Mediterráneo; desgraciadamente los ensayos intentados hasta el día no han dado resultados satisfactorios.

Antes de entregar las esponjas á la venta se las hace sufrir una preparación esencial para quitarles el olor de cloro que tienen, y que es debido á la materia animal encerrada en su tejido.

En el momento en que se acaban de pescar se sacuden mucho, se prensan y se lavan muchas veces en agua dulce, frecuentemente renovada, hasta que haya desaparecido el mucus por completo; después se las pasa por agua caliente.

Cuando se quieren blanquear se las pone durante una hora en ácido clorídico diluido, á fin de eliminar las materias calcáreas que se encuentran en ellas; en seguida se las deja macerar, durante cinco ó seis días, en ácido sulfúrico muy diluido en agua, teniendo cuidado de oprimirlas de vez en cuando, y por último se las deja secar y se embalan, lo que se efectúa entre lienzo ó tela de crin por lo regular.

Para dar una idea de la importancia del comercio de las esponjas, baste decir que sólo en Francia, en diez años, desde 1841 á 1850, fueron importados más de un millón y medio de kilogramos, cuyo precio, según su calidad, vacilaba de 5 á 110 francos el kilogramo.

Creemos casi inútil añadir que las esponjas deben sus aplicaciones económicas ó industriales á la propiedad que poseen de dejarse penetrar por el agua y absorber grandes cantidades de este líquido, que no altera su tejido, y que, sin embargo, le hincha de una manera extraordinaria. Es, pues, de todo punto evidente que cuanto más fino sea el tejido, poroso y elástico, su valor en el comercio será

mucho más elevado. Si las esponjas fueran más abundantes y ménos caras, se las podría emplear ventajosamente en filtros para líquidos.

C. V.

CAZA DEL VENADO

Á ESPERA Ó ACECHO.

Esta manera de cazar es la más cómoda y segura para ponerse á tiro, puesto que el ciervo presenta al cazador dos ocasiones al día, que son infalibles: cuando sale al pasto y cuando se retira al encamo.

Todos los animales silvestres, cuando se dirigen de su encamo al pasto, siguen un mismo camino para cada dirección que toman, y regresan por él cuando del pasto vuelven al encamo. Estos caminos se llaman *pistas*, *veredas* ó *cambios* de las reses.

Al situarse en un puesto para *hacer la espera*, conviene siempre verificarlo cerca de la *pista* por donde se haya observado que salen las reses á pastar.

Una vez elegido el sitio adecuado, se procede á formar un tollo, para ponerse á cubierto de los sentidos de la res; es decir, que se debe estar oculto á la vista y á buen viento; pues ya hemos dicho en otra ocasión que los sentidos del venado son muy finos. Sobre todo, debe procurarse estar (y no debe descuidarse esta circunstancia) á buen viento, pues de lo contrario la res, áun ántes de que el cazador pueda verla se *espanta* y retrocede, dejando burlados sus afanes. Hay días en que el viento es tan sutil que no se percibe, y para conocer de qué lado viene, debe el tirador humedecerse un dedo é inmediatamente sentirá frialdad del lado que corre: entónces se situará *bajo el viento*; ó lo que es lo mismo, después que éste haya pasado por la salida de la res.

Instalado en su puesto, esperará á que salga, sin impacientarse y procurando no moverse aunque tarde.

El venado sale á pastar por la tarde ántes de anoecer, y se encama al día siguiente ántes de salir el sol. Por esta razón el cazador debe estar en su *puesto* media hora ántes de ponerse el sol, si el tiempo está seco; pero si sobreviniera algun chaparrón, conviene hacerlo ántes. Por la mañana debe estar en su *espera* ántes de amanecer.

El cazador estará en observación constante del sitio por donde debe salir ó entrar la res, y atento al menor ruido que perciba.

Si hay varias reses en un mismo rodal, suelen las más jóvenes salir las primeras; con un intervalo de algunos minutos salen los venados de seis y ocho candiles, y por último, el más viejo lo hace con media hora de retraso y algunas veces más. Este proceder se explica, porque á medida que entra en años, se hace más desconfiado y aguarda á que los más jóvenes pasen por el sitio del peligro, si lo hay.

El hombre que tenga el sentimiento de lo bello, el que sepa contemplar y admirar la naturaleza, goza en las *esperas* de la mañana al considerar que le rodea el silencio, que en breve será testigo del despertar del día, y que con los primeros albos disfrutará del magnífico espectáculo que ofrece el movimiento de la naturaleza: el canto de los pajarillos y el regreso de los habitantes del bosque á sus encamos. Todos estos signos, acompañados del sonido de las campanas de la vecina aldea, que anuncian á los fieles haber llegado la hora de dejar el blando lecho para dedicarse á las rudas faenas del campo, son precursores de la mayor magnificencia con que la naturaleza hace manifestación de su grandeza: la salida del sol.

Con el ánimo predispuesto á todo lo poético, el cazador novel espera con emoción el momento deseado de que el venado se presente á su vista.

Si la espera es por la tarde, el cuadro es muy distinto, pero igualmente bello, y la emoción que se experimenta es más inclinada á lo fantástico.

Si en esta disposición se presenta la res, es inevitable que el cazador se siente acometido de lo que llamamos *fiebre de cañon*, que se manifiesta por medio de fuertes palpitaciones del corazón que impiden hacer buena puntería.

Todo cazador neófito debe tomar en cuenta este consejo:

Serénese ante todo; y esto lo conseguirá teniendo pa-



ciencia y observando á la res, que indudablemente vendrá pastando. Déjela llegar á una distancia lo más corta posible: fíjese en algún objeto próximo al sitio en que está la res, para poder luego encontrar fácilmente el punto donde haya sido herida. No se le debe tirar (hablo al cazador novel) estando con la cabeza baja, porque en esta postura tienen la piel distendida, y al levantar la cabeza se contrae á su extension natural, la herida se cubre y sale poca sangre, siendo difícil cerciorarse si va herida ó sana: apúntese con el arma, tomando la pata anterior más próxima como objetivo: córrase la puntería de abajo hacia arriba, y al llegar al codillo, dispárese el tiro.

Casi siempre, si el tiempo está sereno y el humo no lo impide, podrá el cazador ver, por el modo de conducirse la res, si ha sido herida y en qué sitio de su cuerpo; por lo tanto, conviene observarla hasta que se pierda de vista.

Si la res á que tiró cae muerta á la vista, conviene inmediatamente abrirle el vientre y sacarle el bandullo.

Si desaparece estando herida, conveniente es seguir la huella hasta dar con la res; pero se debe proceder según el sitio en que esté herida. Si el balazo está en parte donde la muerte es inminente, no importa seguir á la res desde luego; pero si el proyectil está en parte menos delicada, es indispensable dejar que se enfrie y que la pérdida de sangre le impida poder correr.

El cazador muy práctico toma las cosas con calma; si no lleva el perro consigo regresa á la casa, y pasadas dos ó tres horas, vuelve con él á buscar la huella de nuevo, y la sigue sin tregua hasta hallar la res. Si está muerta, ya sabe lo que tiene que hacer; pero si ésta tiene aún algo de vida, se levanta á defenderse: entónces es conveniente que suelte el perro, para que se entretenga con él, y por este medio le es fácil acercarse á pocos pasos de distancia y rematarla.

CAZA DEL VENADO Á RECECHO Ó RONDA.

En bosques donde el venado tiene su residencia fija y no está fogueado, se puede emprender la caza á rececho, cuyos trances son para el verdadero cazador de más estímulo que la de *espera*. Es el modo de cazar reses que más halaga, porque se establece una lucha de inteligencia, osadía y astucia por parte del hombre y por la de la res, con la sutileza de sus sentidos, su gran instinto de conservación y su asombrosa ligereza.

El rececho es un juego que interesa mucho al amor propio del cazador; y no basta querer hacer, es necesario tener dotes suficientes para tener buen éxito.

No se pueden fijar reglas para este modo de cazar; es preciso sentir y desarrollar el plan á vista del enemigo: y son tantos los casos y tan diferentes las situaciones, que sería muy prolijo fijar reglas para llevarlo á cabo.

Ante todo, el cazador debe tener perfecto conocimiento del terreno, de todos sus accidentes, de los cambios de las reses, de las aguas que corren, las charcas ó *bañías*, las praderas, etc. Ha de tener resistencia y buenos piés, y debe saber aprovecharse de todo lo que le sirva al éxito de su empresa.

Con estas condiciones el cazador sale á buscar las reses á las lindes de los bosques y los prados, ó de los campos labrados, bastante ántes de que el sol llegue al ocaso, ó á su salida. En ambos casos debe salir sin perros, si no dispone de uno que ya sea muy maestro en este género de caza. Debe procurar calzar la alpargata ó la abarca (muchos cosarios cazan descalzos), y evitar los rodales en que haya por el suelo ramas secas y hojarascas, y procurar á todo trance ver las reses ántes de ser visto.

En el momento en que vea una res debe ocultarse detrás del árbol ó mata más próximos. Una vez oculto, observe si hay otra res de su misma ó de diferente especie en su horizonte, y cuando tenga la seguridad de que no puede ser descubierto, quítese el sombrero, pues siempre por su color es más fácil que le haga traición, y proceda á *recechar*, esto es, á aproximarse á la res, tratando siempre de ocultarse detrás de todos los árboles y matas que halle al paso, pero llevando *buen viento* hasta llegar á tiro. En esta operación debe mirar al suelo con frecuencia, con el fin de evitar el poner el pié sobre alguna rama ó canto rodadizo que produzcan el menor ruido, pues

por pequeño que éste sea produce la inmediata huida de la res. Tampoco debe dejar de observar á ésta para seguir todos sus movimientos. Si alguna vez la res se *repara* y fija en el cazador, éste debe quedar quieto, inmóvil, aún cuando le sorprenda en una posición incómoda, hasta que la res se tranquilice ó *confíe* y vuelva á pastar. Pero no se fie el cazador de las apariencias, pues al mismo tiempo que pasta, observa al objeto que hizo *separarse*: otras veces vuelve la cabeza al lado contrario de donde se halla su enemigo y figura rascarse la oreja con la pata posterior, siendo así que lo que hace es observar á su contrario por debajo de su vientre.

Si se encuentran varias reses reunidas, es más difícil poder llegar á tiro; pues es más que probable que alguna se *repare* y observe; en este caso lo mejor que puede hacer el cazador es seguir su camino silbando ó tarareando, tratando de aproximarse describiendo círculos, y preparada su arma para hacer fuego en el momento en que se pare.

Este procedimiento es el mejor, porque todos los animales escuchan atentos la música, y por este medio se puede evitar que huyan.

Si en el momento en que el cazador va á la res ésta marcha por la pista buscando el pasto, lo mejor es que espere detrás de un árbol ó mata á que pase por su inmediación para poder hacer buen tiro.

Si no halla reses por las lindes del monte, debe internarse á buscar las *bañías* ó los *encamos*, y si va con las precauciones debidas, tendrá mejor éxito.

De todos modos, se necesita paciencia y mucha sagacidad, porque para cada res tendrá que discurrir nuevos procedimientos.

Esta caza se hace en noches de buena luna en algunos países, y sus aficionados llaman *rondar* á esta manera de cazar. Pero sin luna suelen salir de *ronda* en algunas localidades, especialmente en las sierras de la Mancha, donde los cazadores tienen que blanquear con tiza el lomo del cañón de la escopeta para poder hacer la puntería, y por cierto que la hacen buena.

CAZA DEL VENADO Á OJEJO.

Cuando el número de cazadores es suficiente para cercar un terreno que contiene reses, se puede ojear el monte.

Sabido es que los venados, así como la mayor parte de las reses, se ocultan durante el día en sus *encamos*, en lo más espeso de los montes, y la experiencia ha demostrado que permanecen allí tranquilos, si el hombre no los molesta; pero que si oyen gran algazara van derechos al sitio de donde sale, porque también la experiencia les ha demostrado que allí nada tienen que temer. Por esta causa se observa que en la mayor parte de los ojeos que se verifican en este país, muchas reses rompen el ojeo y no pasan por la línea de tiradores. En España casi todos los ojeos se hacen con muy pocos ojeadores, con muchos y muy malos perros, con mucho ruido de caracoles y bocinas y con bastante mala dirección; y si los cazadores que hacen el gasto son señoritos de ciudad ó *escopetas blancas*, como les llaman las *escopetas negras* ó cazadores de oficio de la localidad, el ojeo se hace con mala fe, con el fin de que no *topen* reses y las maten, y que queden para ellos.

Para hacer un buen ojeo es indispensable:

- 1.º Que vayan tantos ojeadores que en los sitios más espesos del monte se puedan ver siempre los inmediatos á derecha é izquierda, con el objeto de que no se queden las reses encamadas ni rompan por entre los ojeadores.
- 2.º Los ojeadores deben marchar despacio, sin gritar ni vociferar, ni hablar entre sí más que en el tono ordinario, y de cuando en cuando golpeando las matas ó los árboles.
- 3.º Al colocar las escopetas en sus puestos, dando éstas la cara al viento, debe guardarse un silencio absoluto.
- 4.º Si el número de tiradores es suficiente, será conveniente colocar algunos detrás de los ojeadores, por si algunas reses quisieran retroceder. Sus puestos serán cerca de los *cambios* ó *pistas* más usados.
- 5.º Los tiradores estarán á una distancia prudencial, según el grado de espesura del monte; pero si estuviesen situados sobre un camino ó raya de roza, ó en cualquier

otro sitio despejado, no deben colocarse á una distancia mayor de 150 pasos, recomendándoles eficazmente que no abandonen sus puestos hasta haberse terminado el ojeo. Tampoco deben tirar hasta que las reses hayan salvado la línea de los tiradores. De este modo se evitarán seguramente algunas desgracias.

Si algunas reses rompen por el ojeo, conviene seguir sin hacerlas caso, porque ellas irán á parar á los puestos de los tiradores que están detrás de los ojeadores. Si salen en dirección á los tiradores, los ojeadores seguirán despacio para que entren de buenas por la línea de fuego.

Si las reses ilegan al tirador *buyéndose*, debe éste procurar que se *reparen* por medio de un sonido cualquiera; bien tosiendo ó golpeando la caja de su arma, ó por medio de un silbido, en la seguridad de que lo conseguirá si no vienen muy hostigadas.

Los perros buenos ó maestros son indispensables para *cobrar* las reses heridas; pero no deben ir sueltos, más bien sujetos por una cadena ó cuerda, y conducidos por un cazador inteligente, que los pondrá en la *pista* de la res herida.

Preferibles son los perros que sólo siguen el *rastro* de la sangre y *no hacen* por las reses sanas. Con esta clase de perros se tiene la seguridad de que las reses van heridas cuando cogen la *pista* con avidez.

Hemos expuesto el modo como se debe ojear, no como se ojea en España. Aquí nos gustan las monterías con todo el aparato de caballos, perros y vocerío que requiere nuestro carácter aventurero, aficionado al estruendo bélico y al espectáculo extraordinario. Nuestras cacerías más asemejan batallas que diversiones; extasiados en las peripecias de los combates parciales y en la animación que se desarrolla á nuestra vista, nos creemos transportados á los tiempos heroicos de Cortés y de Pizarro y nos avenimos mal con el orden y la disciplina. En nuestras monterías campea más la fuerza y el valor que el arte.

AYLLON.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

TIRADA ORDINARIA DEL D'A 4 DE JULIO.

La primera piña, cada tirador á su distancia, de cinco pichones y tres tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, el Sr. D. Eduardo Anspach, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon y D. José Armero.

La segunda piña, lo mismo que la anterior, la ganó, matando cuatro de cuatro tiros, el Sr. Anspach, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon y D. José Armero.

La tercera piña, á 22 metros, de una carambola y dos tiradores, la ganó también, matando dos de dos tiros, el Sr. Anspach, contra don José Armero.

La cuarta piña, igual á la anterior, la ganó, matando dos de dos tiros, el Sr. Anspach, contra D. José Armero.

La quinta piña, cada tirador á su distancia, de cinco pichones y cuatro tiradores, la ganó, matando cinco de cinco tiros, el Vizconde de la Torre de Luzon, contra los Sres. Anspach, Okolicsanyi y Armero.

La sexta piña, cada uno á su distancia, de tres pichones y cinco tiradores, la partieron los Sres. Okolicsanyi y Armero, que mataron cada uno cuatro pájaros de siete tiros, contra los Sres. Vizconde de la Torre de Luzon, Anspach y Dubosc.

La séptima piña, lo mismo que la anterior y de seis tiradores, la ganó, matando cinco de seis tiros, el señor Duque de Tamames, contra S. M. el Rey y los Sres. Okolicsanyi, Anspach, Vizconde de la Torre de Luzon y Armero.

GACETILLA.

ASOCIACION DE CAZADORES DE VICH.—Esta Sociedad ha quedado constituida del modo siguiente:

Sindicato: Presidente, D. Antonio de Vilar; tesorero, D. José Rocafiguera; secretario, D. José Soler Atoy.—*Suplentes:* vicepresidente, D. Joaquín de Abadal; vicesecretario, D. Pedro Cortinas; vicetesorero, D. Antonio de Espona.

Junta Consultiva de vocales: D. José Viguer, D. Antonio Banús, D. Ildefonso Viladevall, D. Joaquín Vilarrubias, D. Antonio Reguer, D. Teodoro de Mas y D. Juan José Canudas.

SOCIEDAD DE CAZADORES DE VILLANUEVA Y GELTRÚ.—Esta Sociedad ha nombrado presidente á D. Francisco Ferrer y Ferret; tesorero-secretario á D. Ricardo Marqués y Puig, y vocal á D. Eugenio Poulés.

SOCIEDAD DE CAZADORES DE VIGO.—También en esta ciudad se han asociado en corporación venatoria nuestros hermanos en San Eustaquio. ¡Con qué placer vemos que cunde el espíritu de asociación entre nuestros camaradas!

EN LOS MONTES DE LA MANCHA.—Hemos tenido el gusto de leer una crónica de Caza, que su autor, el señor Navarrete, titula *En los montes de la Mancha*, edición de D. Fernando Fé.

Escrita con la gracia característica, peculiar, de su florida pluma, encierra esta obra un tesoro de voces técnicas de montería, cual ninguna otra; sus bellísimas descripciones comprenden una teoría casi completa del arte de montar, presentadas con un colorido tan brillante y verdadero, que el lector se cree formar parte de la expedición á los montes de la Mancha.

Recomendamos á los lectores de LA ILUSTRACION VENATORIA el libro del Sr. Navarrete, seguros de que hallarán en él mucho útil, y que un verdadero cazador no debe ignorar.

HIDROFOBIA.—Con este título ha publicado el señor Darder y Llimona, Director de la *Revista Universal Ilustrada*, de Barcelona, un interesante folleto, que recomendamos á nuestros lectores.

Se vende al precio de 4 reales, pidiéndolo al Director de dicha *Revista*, calle de Mendizábal, número 20, Barcelona.

BUENA OBRA DE UN PERRO.—Cuenta la *Chasse Illustrée* que M. F... hacía bañar en París, entre los dos puentes de Argenteuil, á un magnífico perro de Terranova, con quien se divertía tirando al Sena trozos de madera que el animal iba al momento á buscar. Una buena mujer contemplaba este espectáculo, puesta de codos en la baranda de uno de los puentes, teniendo en los brazos á un niño de tres años y medio, que estaba medio inclinado en el vacío mirando con la mayor curiosidad al perro.

De pronto el niño se suelta de las manos de la mujer y cae en el río en el momento en que, excitado por las voces de su amo, el Terranova acababa de arrojarse al agua. En aquel mismo instante el animal ve al niño, se dirige en línea recta á él, le coge por sus vestidos, le saca á la orilla y le deposita á los pies de M. F..., admirado el cual, devuelve el niño á la mujer, que estaba más muerta que viva.

BALLENA CORTADA POR LA MITAD.—El 20 de Marzo, dice el *Courrier de la Rochelle*, la máquina del Fabert se detuvo bruscamente, y el buque experimentó una sacu-

dida violenta, que hizo subir al puente al capitán y á todos los oficiales.

La máquina, después de la brusca detención que acababa de sufrir, se volvió por sí misma á poner de nuevo en marcha lentamente, hasta que fué parada por los fogoneros.

A los pocos segundos de haber quedado inmóvil el buque se vió á popa, en medio de una gran mancha de sangre, á un animal enorme que daba grandes saltos, y al que no tardaron en reunirse otros dos cetáceos mucho más grandes, que permanecieron por largo rato junto á aquél.

Después de asegurarse de que el buque no tenía averías ni en el timón, ni en la máquina, ni en el hélice, el comandante mandó que se maniobrara para acercarse al grupo que estaba ya algunos cables á la espalda, y cuando

nera para examinarlo de cerca. Era un cetáceo de 9 metros 50 centímetros de longitud; medida la cabeza, se vió que tenía de largo un metro 80 centímetros; la circunferencia, tomada por cima de las aletas, era de 3 metros 80 centímetros.

Según la conformación de sus mandíbulas y el conducto por el que expelen el agua por encima de la cabeza, este animal parecía pertenecer al género cachalote macrocefalo (*physteter macrocephalus*); tenía en la mandíbula inferior los dientes ocultos en la mucosa; en la mandíbula superior no se le veía ninguno.

La herida empezaba en la cabeza del pescado, se inclinaba de izquierda á derecha, y terminaba á los 40 centímetros de su punto de partida, dividiendo la cabeza de arriba abajo casi en dos partes iguales. En el cuerpo se notaban anchas estrías en dirección al movimiento de rotación del propulsor, y que parecían provenir de una fuerte presión.

VELOCIPEDISTAS.—El célebre velocipedista francés G. Terrout ha sido el vencedor en Inglaterra en su apuesta con los cuatro más afamados velocipedistas ingleses.

Se trataba de recorrer en una pista circular preparada una distancia de 30 millas inglesas, cerca de 80 kilómetros.

El que de ellos recorriera la distancia en menos tiempo, debía ganar 50 libras.

Después de una carrera de 6 millas, Terrout se adelantó un centenar de metros sobre sus competidores. Uno de ellos quedó fuera de combate á consecuencia de una caída peligrosa; los otros dos se detuvieron á consecuencia de los vértigos que sufrían por la rapidez de su carrera circular. Por último, después de algún tiempo, el inglés único que quedaba se dió por vencido.

El velocipedista Terrout quedó dueño del campo al fin, y sin detener por esto su marcha rapidísima, recorrió la distancia convenida en tres horas, ocho minutos y treinta y cinco segundos, con una velocidad aproximadamente de 27 kilómetros á la hora, superior, como es sabido, á la de los trenes ómnibus.

ANUNCIO.

NUEVA SOCIEDAD DE CAZA.—Se está creando una Sociedad para cazar en un monte vedado, con cerca, inmediato á Madrid, en la línea del Norte, con mucha caza y varias fuentes.

Se expiden las acciones en casa de D. Tomás Pelegrin, calle de San Dámaso, 6, 2.º, todos los días, de siete á nueve de la mañana, hasta el 31 de Julio.



TRAMPA DE BECADAS.

el Fabert estuvo á punto de alcanzarlo, los dos cetáceos que se habían unido al herido se alejaron. Sin duda alguna eran los padres que habían acudido en socorro de su hijo, y que, impotentes para procurarle algún alivio en su desgracia, no habían tenido valor para presenciar su agonía y llorar por su aturdimiento.

El animal herido estaba muerto.

Al momento se mandó echar al agua una barca balle-

ANUNCIOS.

GRAN BAZAR DE ARMAS y efectos de caza, pesca y esgrima, de Indalecio Perez, calle de Tetuan, núm. 23, Madrid.

Primer establecimiento en su clase en España, surtido abundantemente con géneros de novedad de la Exposición de París.

Especialidad en escopetas inglesas, austriacas, francesas y belgas, de todos los sistemas y calibres conocidos hasta el día.

Catálogo con la nueva Ley de caza, decretada en 10 de Enero de 1879, y su precio es un real en toda España.

Cepo-cañon-central, para matar toda clase de animales dañinos. Indispensable á todos los ganaderos, dueños de montes y Sociedades de caza. Consiste este aparato en un cañon de calibre 16, de 0",30 de largo. LA ILUSTRACION VENATORIA lo titula *Matalobos*, y la descripción que de él ha hecho en su núm. 3.º del día 30 de Enero del corriente año, nos dispensa de todo comentario, puesto que por ella se comprende fácilmente las ventajas que ofrece este nuevo cepo sobre todos los conocidos hasta el día. Dirémos únicamente que su inventor ha sido premiado en la Exposición Universal de París de 1878. Precio: 200 reales. Remitiendo su importe en letra de fácil cobro se manda á provincias, franco de porte.

DE LA CAZA Y SU LEGISLACION.—Tratado de la caza, pesca y uso de armas, con las leyes vigentes, por D. Joaquín Badía, Doctor en Derecho Civil y Canónico, Presidente de la Asociación de Aficionados á la caza, de Barcelona, etc.—Un volumen en 8.º.—Véndese á 10 reales en las principales librerías.

ARMAS DE CAZA Y DE TIRO.—Libioulle, Guinard y Compañía.—Avenida de la Opera, número 8, en París.—Únicos agentes de W. W. Greener, de Londres y Birmingham, y de Torchand y Wadsworth de Worcester.

Escopetas chokebore de Greener para caza y tiro de palomas. Francos.

1 Escopeta de triple corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore, 1.ª clase, adamascado muy fino.	1.100
2 La misma escopeta, 1.ª clase, adamascado fino.	1.000
3 Id. id., sin adamascado.	920
4 Id., 2.ª clase, adornos finos.	840
5 Id., 2.ª clase, sin ningún adorno.	820
6 Id., sin adorno, pero el mejor montado de este sistema.	740
7 Escopeta de doble corredera; calibre, 12, 16 y 20, sistema chokebore modificado.	680
8 Id., id., id.	550
9 Escopeta chokebore, modificada, llave inglesa y calibre 12, 16 y 20.	420
10 Id., id., id.	340
11 Id., id., id.	300

Las escopetas marcadas con los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6 están arregladas para tirar de 200 á 230 perdigones ingleses, del número 6, en un blanco de 76 centímetros de diámetro, á 36 metros y 50 centímetros de distancia. El número máximo de perdigones para la carga es el de 305.

La escopeta número 7 tira de 180 á 210 perdigones.	
Id. » número 8 » de 160 á 200 »	
Id. » número 9 » de 140 á 190 »	
Id. » número 10 » de 160 á 170 »	
Id. » número 11 » de 150 á 160 »	
Escopeta Hammerlen, sin gatillo, 1.ª clase, sistema choke.	120
Id. id. id. 2.ª clase.	750

Revólvers de Torchand y Wadsworth de Worcester (E.-Unidos).

Bull dog de triple raja de nuez; calibre, 320, nikelado.	35
Id. id. id. id. 380 id.	40
Terror id. id. id. 320 id.	35
Id. id. id. id. 380 id.	40
Revólver de acción doble id. id. 320 id.	55
Id. id. id. id. 380 id.	60

Escopetas de caza de 100 á 200 francos, de todos sistemas y calibres. Revólvers desde 8 hasta 120 francos. Carabinas de precisión de los sistemas Martini, Stahl, Wetterli, Sharps, y municiones, enseres y accesorios de caza y de tiro.

Madrid, 1879.—Imprenta, Estereotipia y Galvanoplastiade Aribau y C.ª (sucesores de Rivadeneyra),

IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.
Calle del Duque de Osuna, n.º 3.